

# EL MONUMENTO

## Cuento surrealista

Alberto Eceiza Michel

Érase una vez... una populosa Villa atravesando una singular época de bonanza. Sus numerosas industrias y talleres trabajaban "a tope". Tan sólo las aquejaba un "mal", del cual, ahora, todas las naciones del mundo quisieran adolecer: ¡La falta de mano de obra!

Cuando una población vive con sus fuentes económicas en pleno auge, se puede afirmar que es relativamente feliz. Naturalmente que los obreros seguían con su sempiterna petición de mejoras salariales y los patronos –como siempre también– escatimando avaramente los céntimos solicitados. Mas, por entonces, nunca llegaba la sangre al río.

En los demás órdenes, la vida transcurría normalmente. Eran tiempos en los que no existía la televisión (Ni se barruntaba siquiera que alguna vez llegara a existir, salvo en las novelas de "ciencia-ficción"). La radio, incipiente y en mantillas, no pintaba gran cosa. Durante los días laborables, los afanados asalariados "metían horas", lo cual suponía jornadas de diez o más diarias. No existían "sábados ingleses" y si, algún tiempo quedaba para el ocio en tan ajetreadas semanas, los hombres lo pasaban en las tabernas, ateneos de "toas" las ciencias y deportes.

Las mujeres –trabajasen en fábricas o no – bastante "entretimiento" tenían en sus casas donde no disponían ni de lavadoras automáticas, pucheros "atómicos", ni aspiradora; teniendo que hacerlo todo a mano. Machismo puro. No era sinecura lavar los monos de trabajo (empapados de la grasa rezumada por aquellas máquinas de entonces, que parecía sólo podían funcionar cubiertas de aceites y grasas); a base de enérgicos frotamientos sobre rugosa tabla introducida en un gran barreño de zinc conteniendo agua caliente y sosa, lo cual no ayudaba, precisamente, a conservar la belleza y suavidad connaturales a las femeninas manos.

Los domingos eran otra cosa. Se imponían los deberes religiosos. El anatema caía sobre todo aquel que, injustificadamente, faltaba a misa, aún cuando fuese más cristiano que San Agustín. De ser reincidente, era incluido "ipso facto" entre los acólitos de Lucifer. Y no faltaban beatas pretendiendo atisbar bajo las boinas para ver si asomaban cuernos y, sabe Dios lo que hubieran dado –no les dolían prendas– por bajarles los pantalones y constatar si la continuación de la columna vertebral terminaba en espléndido rabo acabado en punta, sin desdenar, echar un vistazo "al otro".



Las chicas tenían sus normas y su congregación. Su distintivo: una medallita pendiente de una cinta azul. Eso les daba opción a ser consideradas dignas de todos los encomios. Eran las "chicas buenas", las predestinadas a ser las mejores amas de casa, trabajadoras, modosas, castas, ahorradoras...

Las "otras" –que también las había– las que no tenían el "ruban bleu", eran algo así como descendientes de aquella Lilit que, según malas lenguas, fue la segunda esposa de Adán, rebelde y contestataria, siendo, por tanto, dignas compañeras de los faltones a misa.

Aparte de estas disparidades, existían las deportivas. A tres equipos de fútbol seguían fieles partidarios. Uno de ellos, englobado en superior categoría, no tenía mayores detractores que sus resultados en el campo. No así los otros dos: éstos, militando en igual categoría resultaban, naturalmente antagonicos, con forofos fieles "hasta la muerte". Por ello, no era raro que se enzarzasen en peleas al estilo Oeste americano. Peleas limpias, en las que a nadie se le ocurría esgrimir una navaja u otra arma capaz de causar daños irreparables. Alguna que otra estaca sí que salía a relucir pero, normalmente, los enfrentamientos se reducían a cambio de irónicos insultos, bofetadas y algún que otro puñetazo. Y, cuando al día siguiente, alguno de los contendientes exhibía un ojo hermosamente decorado con un morado iridiscente, lo hacía con más orgullo que laureado militar mostrando sus condecoraciones.

Para los no futboleros, la Alameda Pequeña, si hacía buen tiempo, o la Herriko Emparanza si llovía, servían de escenario a los bailes amenizados por la Banda Municipal y los Txistularis. Eran bailes famosos en la

comarca. ¡Cuántos noviazgos se gestaron al compás de aquellos pasodobles, valsos y tangos, aguados o no!

Claro que tal expansión tenía sus detractores, ya que no sólo se bailaban las jotas y los fandangos “a lo suelto” sino que también se bailaba “a lo agarrao” ¡Iras divinas! ¡Pobre de la chica de cinta azul que cayese en tan nefasta inmoralidad!

Así transcurría la vida en aquel lugar que, como vemos, con sus más y sus menos, era feliz al nivel de vida de entonces. Su pauta era la de un pueblo rico, como lo reflejaba su Ayuntamiento al tener la humorada de terminar su Ejercicio Económico ¡Con Superavit! Y eso, tras haberse embarcado en una costosa traída de aguas, muy necesaria ante el constante aumento de población.

Los ediles se devanaron los sesos buscando la mejor manera de emplear aquellos “suses” que rebosaban de las arcas municipales, y alguien sugirió la idea de levantar un monumento a las mujeres y hombres notables en la historia local. Era algo que se echaba de menos en la localidad. ¿Qué municipio que se precie no tiene una obra pública dedicada a sus prohombres? Y, a fe que no faltaba quien lo mereciese: constructores de los mejores navíos de su tiempo; eximios capitanes para los cuales merendarse media docena de bajeles turcos era como peinarse la barba; historiadores, poetas, filósofos, oradores, semisantas anacoretas, y hasta se presumía, de una camarera personal de la reina de Inglaterra... si esto es motivo de gloria. Como se ve, no faltaba gente a la que dedicar honorífico recuerdo.

Cuajó la idea y se encargó la hechura del simbólico recordatorio a renombrado artista. También se procedió –¡Qué prisas les entró de repente!– a la solemne colocación de la “primera piedra” (Que, por cierto, colocaron en un lugar bastante distante de donde luego se alzó).

Esta actividad concejil fue observada con pasmo por la masa de la población. ¡Qué mala efigie tenían los ediles de aquel tiempo! Acaso se debía al hecho de haber sido nombrados “a dedo” por las autoridades provinciales. El caso es que, una oleada de escepticismo hizo que se cantase en tabernas y sidrerías, una especie de himno burlesco que decía:

*“Ya han ponido la primera piedra,  
ya han ponido, ya han ponido...  
ya han ponido la primera piedra,  
¡La segunda no la pondrán!”*

Pero no acertaron los autores de tan inspirada trova, pues, transcurrido el tiempo requerido por el escultor para dar cima a su artística creación, se procedió a colocarla en el más apacible y bello lugar existente entonces en el pueblo: la Alameda Grande.

Sita en un gran meandro del río y poblada de árboles centenarios entre los que predominaban los corpulentos castaños de indias, sus tupidos ramajes vieron consolidarse los incipientes amores nacidos en los bailes. Allí tenían lugar, además, todos aquellos acontecimientos locales necesitados de amplio espacio.

Por un lado se asomaba al río, entonces de aguas diáfanas (se pescaban hasta angulas) y, por el otro, a la carretera general, vía que añadía especial encanto a dicha alameda debido al esporádico paso de las maravillas mecánicas de la época, haciendo correr a los numerosos chavales que allí se recreaban, para dilucidar la marca del automóvil cuyo motor, “*tosiendo*” ruidosamente, anunciaba, desde lejos, su inminente paso. Dos o tres coches por hora suponía un buen porcentaje para que chiquillos y mayores tuviesen tiempo para discutir las ventajas y los “*handicaps*” de los *De Dion Bouton, Panhard, Renault*, etc. que les enviaba la cercana Francia.

Aquel magnífico lugar –no podían haber elegido sitio mejor– vio cómo, a la chita y callando para mejor dar la sorpresa, se colocaba la enigmática escultura, bien tapada con fuertes lonas y vigilada por celoso alguacil.

El lugar, preparado de antemano con trabajada fuente, fue utilizado para conmemorar la nueva traída de aguas, acto al cual asistió el, entonces, “*mandamás*” de la nación. A su



conjuro acudió todo su acompañamiento de gerifaltes, los capitostes de la provincia, los alcaldes de los pueblos cercanos y la Curia eclesiástica en pleno, por aquello del “*rendez-vous*”, en una ceremonia de mucho bombo y platillo. Para esa fecha se pensaba inaugurar también el recordatorio a las grandezas locales pero, al escultor le faltó tiempo para rematar su obra y hubo que postergar el evento un par de meses.

Pero... al fin llegó el día solemne. Sin tantos elíticos personajes como en la traída de aguas, no por eso hubo menos boato ya que concurrieron el Cabildo Municipal en pleno, los alcaldes vecinos, la Curia parroquial encabezada por el párroco y, lo que era más importante, el pueblo en masa, bullanguero y jocoso, así como la laureada Banda Municipal de música y la de Txistularis, no menos laureada.

A los solemnes acordes de la Marcha Real, se procedió al ceremonioso destape del conjunto monumental. El

párroco, con la estola sobre el sobrepelliz, hisopo en mano, se preparaba a bendecirlo cuando... ¡Horror de los horrores! ¿Qué era aquello? Bajo las lonas surgió una estilizada figura de mujer... *¡CON UNA HERMOSA Y ENHUESTA TETA AL AIRE!*

Aterrado por tan escandalosa visión, el anciano párroco rogó al cielo luz sobre la actitud a adoptar ante tamaña inmoralidad y la inspiración que recibió fue la de repudiar semejante ataque a la ética y honestidad. ¿Quién inspiró aquella satánica obra...?

Por un momento no supo qué decir que fuese lo suficiente incisivo, mas sus iracundas miradas a los desconcertados ediles, que se apretujaban tras el alcalde, expresaban suficientemente, su estado de ánimo.

*—¡Yo no bendigo este monstruoso engendro!*— gritó airado. Se quitó estola y sobrepelliz con furibunda energía, poco menos que arrojó el hisopo a manos de su acólito, se cogió los bajos de la sotana y subió, con sorprendente agilidad para sus años, los escalones que separaban el terroso suelo de la alameda del asfalto de la carretera; largándose cual si lo persiguieran todas las tentaciones de San Antonio en forma de una teta descomunal. Le siguió, cabizbaja, la curia.

Y allí quedó la desairada estatua, *“petrificada”* ante tamaño desplante. No menos petrificado quedó el Concejo Municipal. Y, como no podía menos, entre los asistentes se suscitaron, automáticamente, la *“división de opiniones”* en pro y en contra de aquella *“protuberancia”* natural en las damas, que se mostraba firme y descarada a todas las miradas. La mayoría lo tomaron a chungueta, otros se mostraron indiferentes, pero hubo quienes aprobaron la actitud del párroco.

La Banda de Música, viendo que, sin bendición eclesial no había nada que hacer, desfiló hacia su Academia a los acordes de un pícaro pasodoble, cuyo estribillo era:

*¡Hay Tomasa! ¡Hay Tomasa!  
Yo no sé lo que me pasa  
Cuando paso junto a ti*

Lo cual fue muy celebrado por los asistentes, aunque costó un rapapolvos tirando a bronca, del alcalde al director de la agrupación musical. Y es que el horno no estaba para bollos.

En reunión urgente, el Ayuntamiento buscó solución al inopinado problema. Sin aprobación parroquial era impensable inaugurar nada. Pero no dio con ella. Algún edil lo tomó por lo drástico y propuso extirpar aquel atributo femenino como si padeciese de un carcinoma.

No se aprobó tamaño atentado a la estética. Después de arduas deliberaciones, en lo único que se pusieron de acuerdo fue en que volviese a ser tapada hasta determinar qué se hacía con la triste y abandonada señora.

Pronto los chavales hicieron trizas la cubierta de lona y *“La Damasa”* (irónico apodo dado por la gente, acaso porque entre los nombres grabados en la lápida de honor, abundaban los *“De Amasa”*) quedó llena de murria oyendo el murmullo de la fuente que manaba a sus pies. Desprovista de la protectora *“gabardina”*, mostraba su pecho a chicos y chicas, grandes y pequeños, castos y libidinosos.

En nuevas sesiones del Ayuntamiento, se habló de sustituir la mal querida efigie, por otra que estuviese dentro de los cánones de la honestidad más estricta, pero... eso suponía salirse del presupuesto ¡Con lo caro que resultaban los escultores! También se propuso un obelisco, una gran lápida de mármol, un busto representando al más célebre entre los célebres en nombre de todos los demás, pero ¿Quién era éste? Incluso hubo uno (qué entrañable sentido del humor) sugiriendo sustituir a la Damasa por la efigie de un borriquillo, ese humilde cuadrúpedo quien, durante siglos, ayudó a los *“baserritarros”* a surtir a los *“herriko-semes”* de las verduras, frutas y leche necesarias para su normal subsistencia. Sabido es que de tripas se hace corazón. ¿Quién podía, a lo largo de los siglos, decir que había hecho más por la comunidad?

No se acordó nada. Todo quedó en suspenso hasta que una oportuna riada solucionó el problema derribando por tierra a la desventurada imagen que quiso representar las glorias locales...

Nadie se atrevió a decir que fue un castigo divino al impúdico destape. El pueblo sufrió gravemente en su economía. El Ayuntamiento se limitó a recogerla del barrizal y sepultarla en lo más profundo de ese almacén de trastos viejos que todos los pueblos tienen. Y allí se quedó...

Ante semejante fiasco, ningún Ayuntamiento posterior (ni elegido a dedo, ni por sufragio universal) ha querido comprometerse a un nuevo fracaso, máxime con el afán iconoclasta que ahora impera entre la juventud.

Y así sigue esa Villa, sin una simple estela, busto o lo que sea, que recuerde las pretéritas glorias de sus hijos, salvo en el nombre de alguna que otra calle o plaza...

¿Será el influjo de aquella pechuga? Quizá, pues ya lo decían los antiguos:

¡Más tiran dos tetas... que dos carretas!